

LA LENTEJA NEGRA

*Por sus virginidades presentes y futuras
ella muere en los frescores de su remisión.*

A.Rimbaud

De los calostros que mamó de las tetas de su madre, Florelina *la Lenteja Negra*, le había quedado a la Milagritos un cutis de nácar, transparente y frágil como de porcelana de la China, que le daba un aire de niña señoritinga de capital, más que de hija ilegítima de criada de pueblo.

Murmuraban, las mujeres sentadas al solano, que el lustre que tenía no se podía ni comparar -¡a qué santo!- con el de la cucumeca del Secretario, la criatura mejor apiplada desde Parderrubial hasta la Raya, que no estofaba, ni crecía ni alborecía a pesar de empapizarle buenos mojos y excelentes mestarujos, fórmulas mágicas inventadas por el curandero Nilabor Malojo y por don Aristóteles el médico.

Milagritos Maniega no podía imaginar el motivo por el que a su madre Florelina la llamaban *la Lenteja Negra*. A sus siete años, recién estrenados, va sabía la Milagritos que en cada familia existía un garbanzo negro o una oveja negra. Pero una lenteja, solamente conocía a su madre.

Nació la Milagritos sietemesina y sin padre, una tarde de abril y primavera, por la Pascua Florida. Nació al buen tuntún, sin que nadie en el pueblo sospechara preñez alguna en las entrabas de la Florelina, que era mocita trabajadora desde siempre y honrada por necesidad, pues que la pobre no tenía más ocasión de pecar que espiar al amo Casildo cuando salía a *tirar el pantalón* y al Ama Cautiva, que antes de acostarse se levantaba los pechos caídos bajo la chambra y los subía tan altos con las manos que le llegaban hasta la barbilla. Luego los dejaba caer desconsolada. Se estiraba hacía atrás la mata de cabello, antes negro azabache, desparramado en cascada por los hombros y sobre las orejas unas canas rebeldes se le ponían de pie entre los dedos, provocándole arrebatos de furia que desencadenaban la arrancada de mechones enteros, que se enredaban en sus uñas encorajinadas. Después era un suspiro largo, sin retorno, y un rictus agraviado se sentaba mohíno a la orilla agostada de sus besos.

Florelina Maniega cumplió los ocho años el día en que su padre la ajustó de rolla con el Ama Cautiva que no tenía hijos, pero en ello estaba, hasta que le sobrevino el primer aborto, una vez que la Florelina ya había aprendido a ajustar las mantillas con imperdibles, a anudar por delante el ombliguero y a secar las meaderas al chupón. Todo esto sabía para nada, porque el Ama no se le gozaban los engendros y se hacían sangre antes de ser perfiles de criatura. Así que Florelina se quedó de criada-burra-trabajona y mal pagada -la cama y mantenida-.

A los catorce años dio el estirón. Y a los quince el notorio, que tiñó por toda la comarca. Ni la somanta palos que le propinó el padre, ni las zurrribandas de la madre consiguieron arrancarle el secreto, si es que secreto había. Porque lo cierto es que la Florelina no imaginaba cómo ni de qué forma podía haberle ido a parar un crío a su

barriga. A no ser que los remedios del curandero Nilabor Malojo, al que el Ama se encomendaba para quedar preñada, hubieran prendido en ella por error. Juraba y perjuraba que no sabía siquiera ni por dónde se hacía. Acaso los vahos de los potingues que el Ama hervía de continuo en la trébede habían hecho el milagro procreador en su párvulo vientre. Vapores serían que no sabores, porque ella jamás probó tisanas ni aguas ricas, excepto de muy niña, si tenía retortijones y zurreta, que le echaba papo abajo su madre un pocillo caliente de anís estrellada. De grande, sólo la primera vez que se le fue la pubertad en sangre y el Ama le hizo jirones unas toallas viejas y le dijo, *cuidado Florelina porque ya eres mujer*, y acto seguido desenroscó el tapón de la botella de cristal granulado de La Castellana, la que tocaban en la Nochebuena, alcanzó dos copas del aparador y las llenó hasta el borde. Tanta celebración escamó a la Florelina que corrió a mirarse en la media luna del chinero y no observó nada de particular, ni una miaja de cambio en su cuerpo mermado de pectorales encogidos de mujer tetirrata. Exactamente igual que la última vez que se subió en el tajo para verse mejor las pantorrillas. Se arremangó el vestido. Ensayó de puntillas andares señoritos y bailes aprendidos en la era **-porelcamiiinoverdecaaminoverdequevaalaermita-** hasta que se le acabó el asiento y del guarrazo hizo añicos el espejo. El Ama Cautina no le rezongó. Le consoló el llanto, le curó cortadoras del azogue y le atusó los miedos: *era viejo y estaba en tanganinas. Con que p'a no caerse*. Recogieron los trozos y los metieron en un fardel fuerte y agarrándolo por los cornijales anduvieron, con la carga puntiaguda, hasta donde el arroyo corría más enérgico, el paso por las ruinas del Molino de Valdelapuerta. Soltaron los cristales en la corriente y el agua se creció de soles y de músicas cantarinas al choque de los vidrios con las peñas. El Ama dijo: *¿Oyes las ánimas del purgatorio cómo suben al cielo?* Florelina contuvo el aliento para escuchar las risas de los ángeles. Oyó los cristales quebrándose contra los cantos limpios y algún quejido de tenca herida en las agallas. El aire embalsamado de la tarde se llevó las esquirlas sacudidas del revés del fardel, ahuyentando las supersticiones. Antes de regresar, las dos mujeres mearon sobre los Pontones del Ahogado, conjuro obligatorio para librarse de las maldiciones que acarreaba romper cualquier zaleo relumbrón.

Lo que menos gustaba a Florelina de las faenas domésticas era escoger lentejas. Sobre todo porque al Ama le había entrado una extraña manía: debía de separar las negras, no para tirarlas con las piedras -que siempre se le escapaba alguna que rechinaba en el hondón del perol- sino para comerlas ella machacadas con el tenedor, aliñadas con una pizca de canela en rama y una hebra de azafrán.

Florelina pensó que algún misterio extraordinario se encerraba en aquel comestramo cuando las que realmente estaban buenas eran las guisadas con liebre, asfixiadas a su tiempo y hora, redondas y suaves, abultadas y tiernas como sus pezones. Y más si te las traían hasta el halda y no tenías que respigarlas al arregazar el día entre la tierra socarrona que las ocultaba maliciosa.

Se le ocurrió probar aquel mestranzo la víspera de la Patrona Chica. Hacía varias noches que se había ido escondiendo en el mandil tres o cuatro de aquellas arritas o algarrobas que se usaban para mecer el pienso a los garrapos. El día que tuvo un puñado bueno decidió cocinarlo con el Ama: los mismos ingredientes, igual tiempo de cocción,

idéntico el machacado. Los minutos se le hacían inviernos esperando el hechizo y se quedó dormida en el escaño hasta que el ruido de los borbotones alborotó el sosiego nocturno y poco le faltó para que se le esturrullaran y no pudiera comprobar el prodigio que obraría el potaje.

El olor socarrado no abrió apetitos golosos en el paladar de la Florelina. Retiró el cazo y removió con la cuchara de madera hasta arrancarle gritos al hondón. Probó. Una pasta insípida y terrosa le embarrizó la lengua. Escupió en las últimas brasas encendidas que chisporroteaban quejándose de asco. El Ama, pensó Florelina, debía de echarle otras componendas para poder tragar aquel remedio. Se alzó de puntillas hasta la última balda del coper. Primero añadió miel de la botella que se guardaba para algún *por si acaso*. Seguía sabiendo un poco a boñiga de choto, que una vez de pequeña probó una al caerse de bruces y dos días estuvieron restregándole el cantón de Lagarto por la boca sin que desaparecieran del todo las boceras y el tufo. Luego le echó un chorrito de La Castellana y un poco de aguardiente. La mezcla no quedó muy vistosa al ojo pero más agradable al papo. A la tercera cucharada ya hasta le pareció un manjar, a la quinta comenzó a desabrocharse botones de la rebeca, a la séptima sintió aborrajársele el entendimiento y le pareció oír la voz del Amo *-espabila muchacha, agarra la badila y ayúdame a llevar el rescoldo a la bodega. Vamos a sacar el bao-* La Florelina como en un ensueño estiró la mirada hasta la luz oscilante del candil que sostenía el Amo. Salió detrás de él. Le pesaban los párpados como si cien orzuelos se hospedaran en ellos. Con tanta noche puesta adrede en la mirada desfigurándole la oscuridad, pisó a la gata Reme que se retorció herida clavándole venganzas en las pantorrillas. Y vagamente entreveía al Amo subir el brasero con las gavillas de mieses ardiendo que iluminaban toda la bodega y apagarse la llama del mañuzo varias veces, muchas veces, hasta quedar solamente el silencio negro y unas manazas torpes andándole debajo de la blusa, quemándole las huellas en el pecho y el aliento en las ingles y notó estremecerse el cuerpo menguado. Y experimentó un gozo desazonado, como una muerte pequeña, como un fallecimiento que no llegara a acontecer del todo. Luego un sueño cuajado de terrores. Después nada.

Al riscar el alba por entre los muñones del Árbol del Cementerio, Blas el Aperador halló a la niña agarimada contra la pared de la bodega, manando todavía daño rojo por la pitera abierta en medio de la frente y un escozor obscuro tiñéndole los muslos morados de arañazos.

El Ama aspavientó jaculatorias *-¡Santísimocristodelhumilladero! ¡Jesús-Jesús-Jesús!* El Amo murmuró blasfemias: *¡Relóbado dios! ¡Mal rayo lo parta al desgraciao!* Don Aristóteles diagnosticó *typhus acutus* y ni se molestó en mirarle debajo de la falda. El cura se ajustó el bonete, dirigió su mirada al campanario de más de cinco siglos y pensó que aquello necesitaba una restauración; empezaría a ensayar el sermón de la fiesta, un sermón arrebatador, que conmoviera a los forasteros.

Su madre sí le encontró los rastros del pecado secos sobre la piel *-¿quién ha sido mi prenda? La gata Reme, madre, que la pisé y se me revolvió.*

De la Pilarica a Ramos todo se le volvieron vómitos y soponcios a la Florelina sin que

el curandero Nilabor Malojo y don Aristóteles dieran con la pócima capaz de echarle los demonios del cuerpo. Hasta el cura llegó con el hisopo del agua bendita a poner perdidas las lanchas que acababa de fregar la Florelina entre náusea y náusea.

El amo contra latines y bendiciones retolicaba: *¡Mal rayo lo parta al desgraciao!*

La Florelina parió sin hacer ruido. Mucho menos que el que hacían las vacas. Menos que las ovejas que cuidaba su padre.

Fue al ponerse el sol entre las ramas descarnadas del olmo seco. El aire espeso mecía los pámpanos del vino borrachos en la parra del corral. Una urgente necesidad de hacer de cuerpo la llevó a la cuadra solada de mullidas gallinazas. El cielo gris panza de burro amenazaba truenos y relámpagos por los ojos del campanario aun sin restaurar.

La Florelina se amañó cerca del albañal. Apretó con fuerza, agachada en cuclillas sobre el estiércol. Muy grande tenía que haber sido el mojón para dolerle tanto. Dobló el cuello y miró el sitio entre las piernas. Lo que vio no era una plasta hedionda. Estaba vivo. Hilvanado a su cuerpo. Y se movía. El terror le enmudeció el grito que después estalló siniestro, como una exhalación clavada en el calmo trajino de la dehesa *¡Amaaaaaaaaaaa!*.

A la voz acudieron amos y criados, montaraces y segadores, pigorros y vaqueros.

La Florelina era un rebujón oscuro de sangre y lágrimas, encorujada sola en medio de la mierda que hozaban engolosinados los marranos.

La criatura, bien pesada en romana, no llegó al kilo y cuarto. Al rincón de la lumbre la pusieron envuelta entre algodones al cuidado del Ama que se desvivía por vivirla.

No quedó un jornalero sin ser interrogado. No pasó un día sin que la recién estrenada madre no fuera acibillada a preguntas que no tenían respuesta. A ratos era el médico, tan listo él, don Aristóteles: *Vamos a ver mujer, tú tienes que acordarte. Que no Don Aristóteles, que yo creo que fueron las lentejas negras.* Cambió el color el Ama y la obligó a confesar el pecado de haber ingerido sin su permiso la panacea del curandero Nilabor Malojo, a la vez que se disculpó ante el galeno por aceptar de un brujo remedios imposibles.

El cura en confesión quiso ponerle nombre al padre anónimo: *Mire usted, señor cura, que si no fueron las lentejas negras, digo yo que un milagro. ¿Pues no le pasó esto a la virgen María?* Se levantó del confesionario sin penitencia y sin absolución. Más pura que ninguno de los que la acusaban.

Como no se sabía ni cómo ni cuándo, ni de quién ni dónde, y la sietemesina comenzó a estorjar, decidieron llamarla Milagros, por lo que había de extraordinario en el alumbramiento. El párroco, en vista de los sucedidos, que se le antojaron artimañas del diablo, se negó a acristianarla. Y se quedó *monta*. El Amo Casildo maldecía: *¡Qué mal*

rayo lo parta al desgracido!

A la Milagritos la pusieron en cortos el día de la Virgen de Agosto. Los amos se hicieron cargo de su crianza como si su propia hija fuera - *Velay, la mi Cauta que es más buena que el pan, qué pronto otra -*.

Creció la niña más lista que el hambre. A los dos meses ya garoleaba. Al año y medio rezaba de corrido el *jesusito-de-mi-vida-eres-niño-como-yo*. A los tres contestaba la letanía en latín y a los cinco guiaba el rosario que era un gusto verla pasar las cuentas con los ojos perdidos en el cielo. Don Cleóbulo, el maestro, que presumía en voz baja de ateo, se desacreditó al afirmar que en tan extraordinaria inteligencia se adivinaba la intercesión divina.

Tenía la Milagritos un antojo, entre la ingle derecha y el ombligo, como un racimo de uvas o un montón de lentejas enramadas que cambiaban de color según la estación del año, y le daba un picor en primavera al que don Aristóteles restó importancia, asegurando que los angiomas eran cosa de herencia. Echó una ojeada al cuerpo de la Florelina y ni vainas ni pámpanos halló, ni rastro en la piel de los abuelos. Así que lo dejaron porque no intervenía en la salud.

El Amo Casildo le enseñó a amar el monte, a mecer los salvaos, a varear las parvas, a disfrutar meciéndose en el trillo, a montar a caballo. Todo le consentían. Todo menos escoger lentejas. Era verla junto a la mediafuente con cogüelmo lista para limpiar, y la Florelina corría a retirarla hecha una fiera, como si una bomba fuera a punto de estallarle entre los dedos, o el mismo Satanás se subiera a la mesa en forma de legumbre.

La Milagritos no alcanzaba a entender el espanto en el rostro de su madre, igual que no lograba descifrar el apodo de *Lenteja Negra*, aunque, como era más lista que el hambre, sí intuiera alguna enrevesada relación.

El día que cumplió siete años el Amo la montó en la yegua jarda y la llevó hasta el Teso de la Ermita. Al llegar a la linde, sacó de la pelliza la petaca, volcó la picadura en la palma encogida de la mano, arrancó del librillo una hoja de papel, lió un cigarro que colocó parsimoniosamente en la comisura derecha, la aupó sobre los hombros - *Milagritos ¿Ves hasta los Negrillos, más allá de la Loma del Pilar? Mira bien lejos. Detrás de aquellos montes ¿lo ves? Todo ese cuarto, que antaño fue de marqueses, será tuyo mañana, en cuantis falte yo*. La niña nada más miró andar deprisa las nubes por el cielo aborascado, más allá del horizonte malva y dijo: *Amo va a tronar*.

El primer relámpago desbocó a la yegua. El costralón contra los carrascos los privó a ambos del conocimiento hasta el siguiente trueno que hizo temblar la tierra y a la Milagritos que jimplaba oraciones: *Santabarbarabenditaqueenelcieloestáescrita*. El Amo Casildo se levantó sacudiéndose el *capote*: *¡Mal rayo me parta!*

La chispa le entró por el sombrero y le salió por el zajón izquierdo. *¡Mal rayo me parta!* Un olor triste a pollo chamuscado invadió el ánimo de la Milagritos que se abra-

zaba pasmada al tronco de una encina. Poco a poco se acercó a la yegua. Llamó en voz baja al Amo. Se arrió y le desabrochó los pantalones calientes todavía. Se los bajó despacio y allí estaba entre la ingle derecha y el ombligo el racimo de uvas o el montón de lentejas, que no sabía qué. Le incorporó con rabia la cabeza, se levantó la falda y dijo: *mira igual que el tuyo*. Los ojos abiertos del Amo Casildo miraban espantados. Pero ya no veían para afuera.

Cuando los encontraron, al Amo muerto y a la Milagritos tiritando medrosa, era la noche negra de nublado y roja de relámpagos. El médico certificó la defunción y auscultó a la niña asombrado de hallarla sana y salva.

El Ama suspiraba ¡Ay Casildo mío! ¡Santísimocristodelhumilladero! ¡Jesús-Jesús-Jesús! Alentaba y rezaba. Lloraba y se hundía en tristes desconsuelos. Las criadas arreglaban con devoción el cuerpo que solamente ella había poseído, el hombre que había vivido para ella, a ella encomendado y por ella gobernado. Lloraba y suspiraba gemía y rezaba recreándose en la desnudez muerta, que nunca se había atrevido a contemplar viva, *del su pobre Casildo, del su hombre, un santo el su marido*, hasta que descubrió el racimo de uvas o la enramada de lentejas negras entre la ingle derecha y el ombligo. Pudo más la impresión que el respeto al cadáver estirado en el lecho conyugal. El Ama Cautina le dio un aciburrio y prorrumpió en blasfemias *¡Que mal rayo te parta desgraciao! ¡Ay que cabrón de homhre! ¡Al infierno con él y que no lo ampare ni la Virgen del Carmen!* Vecinas y criadas corrieron a prepararle tisanas y boticas traídas por don Aristóteles para la ocasión. Ni tilas, ni romeros aliviaban la desesperación acrecentada con cada misterio del rosario desgranado por la tía Virtudes *la Rezona*. Todos los presentes coincidieron en afirmar que los desvaríos se debían a un ramo de locura asentado en su sesera por la gran conmoción del óbito imprevisto.

La Milagritos se sentó en su halda: *no te apures Ama, que lo del racimo no se lo diré a nadie*. Como un ángel bendito de la consolación se le antojó aquella imagen al cura que seguía presidiendo el velorio, recitando responsos llenos de sentimiento: *Réquiem aetérnan dona eis, Dómine*, a los que los dolientes respondían *et lux perpetua lúceat eis*, y el Ama Cauta, entre gemidos: *mamón-mamón-mamón*. El maestro convino con el médico en que la niña llegaría a ser alguien. Nilabor Manojó se personó en el duelo a acompañar en el sentimiento, y prudente, se acercó a Florelina Maniega, la *Lenteja Negra* a la que a escondidas le dio una peseta rubia brillante. Ella metió la mano en la mandileta y sacó un puñado de legumbres: *cuarenta y ocho arritas, a real la docena*.

Aquel año y los siguientes hubo niños en Parderrubial para todas las madres deshauciadas de maternidad. La consulta de Nilabor Manojó se abarrotó de mujeres *estériles* que a los nueve meses ya cantaban nanas. La Milagritos seguía despuntando entre las alumnas de don Cleóbulo por su agudeza con las matemáticas, por su facilidad para la rima, que inventaba versos al sereno en las noches enlunadas de julio y coplas en invierno, al amor de la lumbre, que era un gozo escucharla y el pueblo entero disfrutaba de su disposición maravillosa para el cante y el cuento, hasta que a la taberna del río Genarín llegó la televisión. El día que la enchufaron, el Che Guevara abandonaba el cargo de ministro en Cuba para seguir siendo en Colombia guerrillero y los Beatles, provocando ataques de histeria colectiva, cantaban *Let it be* en la Monumental de

Barcelona.

Y la Milagritos ya se había enterado de por qué a su madre, Florelina Maniega, de la que aún conservaba en su paladar el regusto de calostros tibios, la llamaban la *Lenteja Negra*.

Mercedes A. Blanco.